

Chile 2011: Ya **no** somos los mismos (III)

Crisis y reconstrucción de la política

Sergio Espejo Yaksic
Abogado

La actual movilización social y sus efectos revelan un sistema político con arterias bloqueadas, al borde de la esclerosis. Y su cura es incierta.

Requerimos pasos para restituir a la política la legitimidad que necesita y que es necesaria para que Chile enfrente sus enormes desafíos.

Frente al momento que vive el país, de descrédito de las principales instituciones que deben conducir la convivencia democrática, quisiera proponer algunas claves para comprender la crisis actual. Del mismo modo, sugiero pasos que faciliten la restitución a la política de la legitimidad que requiere para representar las opiniones ciudadanas, expresar las diferencias y estructurar acuerdos que permitan a Chile enfrentar los enormes desafíos que tiene por delante.

UN MUNDO LÍQUIDO

Un atributo fundamental de la política es su capacidad para generar certezas. Sea que estas descansen en fundamentos sólidos o en el mero ejercicio de la retórica y el despliegue del

liderazgo, la acción política permite a los políticos diferenciarse y presentar un terreno comprensible y cierto para sus seguidores. Es el atributo de la certeza el que hoy se encuentra cuestionado. Esa modernidad líquida que —parafraseando a Marx— anunciaba Zygmunt Bauman hace más de una década, se instala con fuerza en nuestra experiencia vital. “Todo lo sólido se vuelve líquido” y las instituciones, autoridades y verdades, en torno a las cuales nuestra convivencia se ha estructurado por ya largos años, tienden a “diluirse” y perder consistencia.

En lo concreto, en el caso de Chile, el Gobierno se encuentra sobrepasado por una protesta que —anclada en demandas educacionales— cataliza el descontento heterogéneo de una gran proporción de chilenos. La oposición concertacionista refleja desconcierto, atinando apenas a intentar subirse al vagón trasero del movimiento social. En nuestro país, tanto como en el resto del mundo, la política se ha mostrado incompetente para comprender lo que ocurre y para articular respuestas eficaces. Se ha convertido en una pieza más en el campo de la incertidumbre y la confusión. Un átomo en el fluido líquido de nuestra convivencia.

EL PACTO SOCIAL

Mediante la política, una sociedad confronta e integra los intereses de los individuos, definiendo —con inevitable ambigüedad— prioridades y objetivos. Con esa ambigüedad, más el telón de fondo de un pacto político en el que el pragmatismo,

el miedo y la convicción se han entrelazado estrechamente, durante las últimas dos décadas la sociedad chilena estructuró un cierto consenso en torno al potencial del mercado para producir riqueza y asignar recursos con eficiencia. Chile vivió por primera vez una fase de continuo crecimiento que de manera muy significativa disminuyó la pobreza y expandió el acceso al consumo, elevó las expectativas de vida al nivel de países desarrollados y garantizó la cobertura prácticamente universal de servicios básicos. A cambio, los chilenos han financiado individualmente su acceso a la salud, la previsión y la educación. Han pagado, además, el precio de la persistencia de la desigualdad en la distribución del ingreso, aceptándola a regañadientes bajo la lógica de que el crecimiento la volvería algo irrelevante.

La crisis educacional ha remecido los cimientos de este consenso. Los resultados escolares se encuentran más relacionados con el nivel socioeconómico de los niños o la escolaridad de los padres que con los establecimientos educacionales a los que asisten. Miles de jóvenes egresan de la educación superior cargando con un pesado endeudamiento. La frustración consiguiente, expresada en las movilizaciones, pone en cuestión el consenso sobre el cual se ha construido nuestro modelo de desarrollo. Si pago la educación de mis hijos, parecen afirmar los chilenos, y esta no les ofrece un mejor futuro; si cotizo mensualmente para una jubilación que ya sabemos será misérrima; si co-financio mis prestaciones de salud, pero cuando tengo una urgencia solo puedo tener acceso pronto en el sistema privado... entonces ¿de qué “consenso” me hablan?

DEMOESCLEROSIS

Acostumbrados a debatir en un escenario “incremental”, en el cual la discusión se produce respecto de perfeccionamientos al pacto que se entiende vigente, nuestros políticos quedan desarmados ante la arremetida de cuestionamientos estructurales a este. Aun peor, su desconcierto se hace evidente una y otra vez en la sistemática negación de su legado por parte de la Concertación, así como por el despliegue populista y el maquillaje socialdemócrata de la Alianza y el Gobierno.

Las dificultades para proveer certezas, así como para articular consensos sociales, se ven agravadas —o, quizás, se explican también en parte— por lo que Jonathan Rauch denominó hace casi veinte años como “demoesclerosis”.

Las arterias de nuestro sistema político se han ido bloqueando y la esclerosis se apodera de nuestra democracia. Lo que alguna vez fue solo la demanda de parte de la Concertación de terminar con el sistema binominal, hoy es una presión extendida por reformular nuestro sistema político para canalizar la participación ciudadana, aumentar la competencia por la representación y renovar estructuras anquilosadas. Naturalmente ello no es simple. Pero el actual estado de cosas solo distanciará aún más a las personas del mundo político, ahogando expresiones de participación indispensables.

La esclerosis se expresa también en la gestión del Estado. Luego de un gran ciclo de impulsos modernizadores y disposición a acometer desafíos complejos, nuestro aparato público

Acostumbrados a debatir en un escenario “incremental”, en el cual la discusión se produce respecto de perfeccionamientos al pacto que se entiende vigente, nuestros políticos quedan desarmados ante la arremetida de cuestionamientos estructurales a este.

ha alcanzado lo que los economistas definen como el límite de su incompetencia. El instrumental disponible no sirve para acometer los desafíos que reclama la sociedad. Esto se demuestra en episodios recientes, como el fraude de La Polar, el alza permanente de los precios de los planes por parte de Isapre que tienen utilidades récords, la falta de competencia ministerial para forzar a las empresas eléctricas a mejorar su gestión —como quedó patente en el apagón de septiembre pasado— o la imposibilidad de que las autoridades intervengan cuando una empresa minera extrae agua ilegalmente de la Pampa del Tamarugal. La reiteración de hechos supera la anécdota y constituye tendencia.

Los chilenos aprecian esto con claridad, pero no se percibe en el horizonte interés por cambiar esta situación. La demoesclerosis se ha instalado entre nosotros.

PARA RECONSTRUIR LA POLÍTICA

El panorama descrito no resulta auspicioso. Y, sin embargo, es un momento notable y con enorme potencial. Del mismo modo que en el siglo XV Filippo Brunelleschi incorporó la perspectiva al arte, nuestra primera tarea política es observar con perspectiva lo que está ocurriendo.

Las movilizaciones no reclaman el fin de la democracia, sino más democracia. Los líderes del movimiento estudiantil cuestionan a la clase política, pero reivindican el rol de la política. Los jóvenes, a quienes se acusaba de apatía, expresan masivamente su demanda por un país más integrado, equitativo y participativo. Nada mal como sustrato sobre el cual fortalecer nuestra democracia.

Por otro lado, pese a sus debilidades, nuestro sistema político ha hecho posible notables avances en materia de indicadores de desarrollo humano, imperio del derecho, transparencia y ambiente de negocios. Nada mal como indicador de ruta. Hemos recorrido un camino en la dirección correcta, pero el vehículo que estamos utilizando ya cumplió su vida útil.

IMAGINACIÓN MORAL Y PACTO SOCIAL

Vivimos un verdadero momento ético y lo que requerimos de la política es, en primer lugar, un ejercicio de imaginación moral.

Por primera vez en muchos años enfrentamos colectivamente dilemas éticos, como el conflicto en torno al tipo de educación que queremos para nuestros hijos, la relación que considera-

A ratos pareciera que la disposición a la renuncia, a asumir obligaciones como correlato de los derechos, está cada vez más alejada de nuestra práctica ciudadana.

mos adecuada entre actividad económica y medio ambiente, la forma en que entendemos la familia, la manera concreta en que respetamos y convivimos con la diferencia, o el espacio que asignamos a lo público y lo privado.

El pacto social cuestionado es hijo del trauma de la dictadura, del miedo al desorden que amenazaba nuestra democracia y de la necesidad de probar nuestro respeto por las reglas del mercado. El nuevo pacto que parece requerir Chile exige espacios efectivos de participación, demanda movilidad social, valora las diferencias, no teme a las discrepancias.

El desafío para la política es fenomenal. De ella se pide imaginación moral y voluntad para estimular un diálogo ético en el espacio público, cuestionar la forma en que hemos estructurado nuestra convivencia, revisar nuestras prioridades, desafiar los contornos de lo que nos resulta deseable y aquello que no es aceptable, mirar de frente nuestras limitaciones y el costo que deberemos pagar por alcanzar nuestros objetivos.

Imaginación moral para un nuevo pacto social. Esa es la primera clave.

LIBERAR LA DEMOCRACIA

Pero no basta con la imaginación moral. El mundo político debe recordar el viejo adagio jurídico que nos dice que “las cosas se deshacen del modo en que se hacen”. Si la esclerosis de nuestra democracia es el resultado de la captura de esta por parte de la clase política, entonces un paso indispensable es recuperar la democracia para los ciudadanos.

Pero la experiencia está demostrando que introducir cambios en esta arena resulta especialmente difícil. Se trata de alterar los actuales arreglos del poder, las normas a través de las cuales este se genera y reproduce, los instrumentos de control sobre sus decisiones, las exigencias de responsabilidad y los contornos del mandato de quienes lo detentan.

Hay razones para desconfiar del “menú” de reformas que cada cierto tiempo nos son presentadas: inscripción automática, sistema electoral, límites a la reelección. Se trata de aquello que el mundo político está dispuesto, aun cuando a regañadientes, a concedernos a los ciudadanos. Pero la pregunta es si es esto lo que nuestra sociedad demanda. Para mí, al menos, la respuesta es negativa.

Ha llegado el momento de hablar de democracia en serio: debemos dotarla efectivamente de participación y representación, expandiendo las modalidades de ejercicio de la soberanía. Cuatro reformas pueden ayudar. En primer lugar, elección directa de los gobiernos regionales y sus intendentes, fortaleciendo la expresión ciudadana más allá del gobierno local y nacional.

Segundo, reconocimiento del derecho a voto para los chilenos en el exterior. Tercero, incorporación de la iniciativa popular para originar un proyecto de ley. Cuarto, establecimiento del plebiscito como instrumento para anular leyes, cuando la representación parlamentaria se exprese manifiestamente contraria al interés de la mayoría.

Y si iniciamos esta discusión, ¿por qué no podemos aspirar a una nueva Constitución? ¿No debiera ser esta la expresión de un pacto social compartido por la comunidad de los chilenos? ¿No es su elaboración una oportunidad para concordar los fundamentos sobre los cuales articular nuestra convivencia?

EL ESTADO EN SERIO

La democracia debe no solo permitirnos debatir entre iguales. Ella también debe contar con instrumentos adecuados para pensar y ejecutar las políticas públicas que materialicen las decisiones democráticamente adoptadas. Para ello es indispensable reformar el Estado. ¿Continuaremos pidiendo a los municipios que sean la plataforma para el desarrollo local cuando la mayoría de ellos apenas puede cumplir con sus obligaciones legales mínimas? ¿Deberá producirse otro caso La Polar para que establezcamos una supervisión financiera consolidada?

El Estado esclerótico es un Estado impotente, y como tal, una amenaza a la legitimidad de nuestra democracia.

EPÍLOGO: ESTO ES PERSONAL

Finalmente, es inevitable observar la paradoja: la solución a estos dilemas colectivos tiene una dimensión clave en el terreno de lo personal. Al modo de la novela de Mario Puzo —que contraría en esto la versión cinematográfica de *El Padrino*—, “todo es personal”. En primer lugar, porque no se puede construir un pacto social si los ciudadanos, individualmente, no estamos dispuestos a ello y no incluimos en esa disposición una cierta propensión al sacrificio. Un pacto se sostiene en concesiones recíprocas. A ratos pareciera que, aún cuando sea por motivos que podemos comprender, la disposición a la renuncia, a asumir obligaciones como correlato de los derechos, a aceptar la verdad del otro, son cuestiones cada vez más alejadas de nuestra práctica ciudadana. Pero no hay ciudadanía colectiva y, por lo tanto, democracia, sin ciudadanía individual. Y eso es personal.

En segundo lugar, hay una dimensión personal porque no existe democracia sólida — menos en esta “era líquida” — sin liderazgos políticos sólidos. Liderazgos que con imaginación moral estén dispuestos a cuestionar el estado de las cosas, a escuchar y comprender lo que ocurre en la comunidad y el mundo, a promover la deliberación entre iguales. Pero liderazgos que también estén dispuestos a cuestionar a la comunidad que aspiran a representar. A desafiarla en sus creencias e instintos. A ir contra la corriente cuando ese es el precio a pagar por una deliberación constructiva y que abra horizontes.

Los atributos de ese liderazgo, tan necesarios hoy, son inevitablemente también una cuestión personal. **MSJ**